Trucos del lepenismo

E. G.

Los partidos democráticos laten al ritmo de la mecánica electoral y tienden a olvidar que la base de la política no es la urna, sino la idea. En ese terreno, el ideológico, el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen empieza a ser dueño del debate en Francia. Pierre-André Taguieff, filósofo y politólogo, ha acuñado el término *lepenización* para definir la extensión y la normalización de las tesis ultraderechistas: "Antes de votar a Le Pen se habla de Le Pen. Ésa es la primera fase de la lepenización". Sus mecanismos han sido descritos por Dominique Hastings, profesor en el Instituto de Estudios Políticos de Lille, en el semanal *Le Journal du Dimanche:* "Siempre ocurre del mismo modo. Le Pen hace una afirmación que se percibe como una transgresión y crea una gran polémica. Después, todos los demás comienzan a debatir —desde lejos— con él, hasta acreditar poco a poco su afirmación inicial. Es siempre un duelo a distancia, en el que Le Pen elige las armas. Tomemos la inmigración: hace 10 años, la ecuación inmigración-desempleo-delincuencia provocaba gritos de espanto. Poco a poco, la derecha y después la izquierda se han aproximado al problema de la necesaria protección de las fronteras. Hoy, las únicas diferencias radican sobre la dureza de las medidas, no sobre el principio". Lo mismo ocurre con el racismo. Nadie es racista en sentido abstracto, pero es fácil serlo bajo la presión de las situaciones concretas.

El lepenismo juega hábilmente con el sentimiento de orfandad de los franceses —quizá de todos los europeos— ante la desaparición de los antiguos puntos de referencia, y se apropia, adaptándolas a su discurso paranoide, de todas las *ideas fuertes:* Dios, nación, patria..., incluso revolución.

otras de mayor altura y utilizamos el mismo símil. Si el Sr. Pérez hace esas afirmaciones a él le corresponde probarlas de una vez por todas, pues ya está bien de insinuaciones e insidias que buscan provocar el desmerecimiento social del Sr. De la Rosa.

11. Don Javier de la Rosa tiene plena fe en la independencia de la justicia. Está utilizando su legítimo derecho de defensa y por contra, don Manel Pérez con artículos como el que se rectifica, intenta mediatizar la labor judicial en claro perjuicio del Sr. De la Rosa. Por lo que se ve, para el Sr. Pérez los derechos constitucionales a la defensa, a la presunción de inocencia y a la igualdad ante la ley —que están proclamados para todos los ciudadanos— sólo son válidos según quién los ejercite.

Reiterándole la necesidad de la publicación íntegra de esta carta de rectificación en el diario que Ud. dirige y en el número correspondiente al del Domingo 23 de febrero, por mor de lo dispuesto en el artículo 3 de la Ley Orgánica 2/84, le saluda atentamente.

Francisco García-Mon Marañes".

ASSOCIATED PRESS

Bill Clinton, con dos jefes indios, uno de ellos vestido de manera tradicional, en la Casa Blanca en 1994.

Un agua de fuego llamada Caballo Loco

Los indios de EE UU, contra el uso caricaturesco de sus símbolos

JAVIER VALENZUELA

Mis clientes ni tan siquiera sabían que Crazy Horse (Caballo Loco) existió de veras; ellos creían que era un personaje de ficción, uno más de las películas del Lejano Oeste".

Los clientes del abogado neoyorquino Lawrence Fox, autor de esa declaración, son dos ex camioneros de ascendencia italiana propietarios de la destilería Hornell, de Brooklyn, e inventores de la denominación *Crazy Horse* para un barato, popular y vomitivo licor de malta, una auténtica "agua de fuego".

Pero Crazy Horse existió, y no sólo eso: la memoria de aquel jefe guerrero y líder espiritual de los sioux es venerada por todos los indios norteamericanos, sin distinción de ascendencias tribales. Así que el empleo de su nombre para una pócima altamente alcohólica les parece una enésima bofetada de los siempre insaciables "rostros pálidos".

La filosofía de lo "políticamente correcto" se aplica en Estados Unidos a negros, judíos, niños, homosexuales, mujeres, minusválidos y muchos otros grupos, pero jamás a los indios, cuya extraordinaria paciencia de pueblo derrotado sobre su propio territorio también tiene un límite. Ese límite que está desbordando el sistemático empleo irrisorio de los nombres y símbolos de su cultura por los triunfantes hombres blancos.

Liderados por Big Crow (Gran Cuervo), un descendiente de Crazy Horse, los indios han emprendido una campaña para prohibir la asociación del nombre de su héroe con el licor de malta fabricado por los ex camioneros de Brooklyn. Ya han cosechado victorias parciales: dos Estados, Nebraska y Washington, han prohibido la distribución de *Crazy Horse;* y en un tercero, Minnesota, un "rostro pálido", el congresista demócrata Andy Dawkins, batalla por conseguir la prohibición.

"Todo el mundo", dice Dawkins, "acepta que sería insultante que una cerveza negra se llamara Martin Luther King o una cerveza de malta Golda Meir; pero tratándose de los nativos de América todo es un poco diferente". Más bien muy diferente: los indios, los peor tratados, estaban aquí antes de que llegaran los demás: anglosajones, negros, judíos, italianos, hispanos o asiáticos. Todo era suyo. Y todo lo perdieron.

Vencedor de Custer

Crazy Horse (1842-1877) luchó por intentar que los sioux pudieran, al menos, conservar un hueco, el último y más sagrado, en las grandes praderas del noroeste. Y aunque le ganó al coronel Custer la batalla de Little Big Horn, perdió la guerra.

A los doce años, después de que hubiera matado su primer búfalo y participado en su primera pelea con otra tribu, su padre, un jefe religioso de los sioux oglala, le regaló un caballo y le dio un nombre de adulto: Tashunca-Uitco, que los yanquis traducirían como Crazy Horse o Caballo Loco, aunque hubiera sido más correcto Caballo Indomable. Un año después, Crazy Horse contempló con sus propios ojos los restos de la matanza de civiles efectuada por los "casacas azules" en la aldea sioux de Ash Hollow, en Nebraska.

Casado con una cheyenne y una oglala, el joven Crazy Horse participó en numerosas incursiones contra las colonias y fuertes de los "rostros pálidos" que iban adueñándose de Wyoming. Todas fueron en vano: los sioux tuvieron que replegarse una y otra vez hacia el noroeste, hacia sus últimos territorios sagrados, en el actual Estado de Montana. Con la fiebre del oro de 1876 hasta allí llegaron también en masa mineros, especuladores de terrenos y aventureros de todo tipo.

En junio de 1876, los guerreros de Crazy Horse se sumaron a los de Sitting Bull (Toro Sentado) en las cercanías de un río conocido como Little Big Horn (Montana). Tropas dirigidas por el coronel Custer se encaminaron hacia allí, dispuestas a aplastar en un periquete a la coalición de tribus sioux y cheyennes reunida para la última gran batalla por la supervivencia de la civilización india. El 25 de junio, la arrogancia de Custer y las habilidades tácticas de Crazy Horse condujeron a la total aniquilación de los "casacas azules".

La victoria no tuvo mayor trascendencia. Escasos de alimentos y agotadas sus últimas municiones, Crazy Horse y ochocientos guerreros tuvieron que rendirse en mayo de 1877, en Fort Robinson (Nebraska). Allí mismo fue asesinado de un bayonetazo el jefe sioux cuando, el 5 de septiembre, se negó a que lo encerraran en una celda. Según la leyenda india, está enterrado en la tierra que lo vio nacer, no lejos de Wounded Knee (Dakota del Sur).

Ahora, Big Crow y los que le siguen en la campaña contra el "uso insultante, casi blasmefo" del nombre de Crazy Horse para una barata bebida alcohólica creen que ha llegado la hora de que a los indios se les conceda el mismo respeto que a otros grupos étnicos y culturales de EE UU.

No es su primer combate por esta causa. Los indios llevan años denunciando el hecho de que el equipo de fútbol norteamericano de Washington, la capital, se llame Redskins (Pieles Rojas). Vernon Bellecourt, uno de sus líderes, denuncia que la expresión "piel roja" es tan peyorativa para ellos como la de "nigger" para los negros. Como a la inmensa mayoría de los seguidores del equipo, a Jack Kent Cooke, propietario de los Redskins, eso le importa un rábano. "Nuestro nombre", dice, "es un homenaje a los nativos de América".

En enero de 1992, en plena final del Superbowl entre los equipos de los Redskins y los Buffalo Bills, un activista del movimiento por la igualdad de derechos de los indios intentó llamar la atención sobre la apropiación burlesca por parte de los blancos de la cultura india. Disfrazado de Juan Pablo II y con un cartel al cuello donde se leía "¿Les divierte?", recorrió el estadio bautizando con "agua bendita" a los espectadores. Sólo la intervención de la policía evitó su linchamiento.

En octubre de 1996, varias docenas de indios se manifestaron en los alrededores del estadio del equipo de béisbol de los Atlanta Braves, cuyos partidarios animan a sus jugadores con una parodia de la "danza del tomahawk" que encuentran muy divertida. Un año antes, en el mismo lugar, Mike Haney, vicepresidente de la Comisión Nacional contra el Racismo en el Deporte y los Media, se había disfrazado de miembro del Ku Kux Klan, "para enseñar a los blancos lo que se siente cuando uno es caricaturizado". En aquella ocasión, los Atlanta Braves se enfrentaban a los Cleveland Indians, cuya mascota es el denominado "Jefe Wahoo", un sonriente "piel roja".

El 1% de la población

Los indios son apenas el 1 % de la población norteamericana, algo más de 2 millones sobre un total de 263 millones de habitantes. Se les encuentra al oeste del río Misisipí; el 62 % malviviendo en pueblos y ciudades mayoritariamente blancos; el resto, en las reservas. Constituyen el grupo étnico más marginado de EE UU. Según los datos oficiales, el 32 % vive por debajo del umbral de la pobreza y su porcentaje de alcoholismo es cinco veces superior al del conjunto de la población.

De vez en cuando se producen excepciones a la vieja regla según la cual no hay que hacer el menor caso a las reclamaciones de los "salvajes". En febrero de 1996, los estudiantes del colegio de Fremont, en Sunnyvale (California), votaron masivamente a favor de sustituir la mascota tradicional de la institución, la caricatura de un indio, por un pájaro de fuego. Les pareció que ya estaba bien.